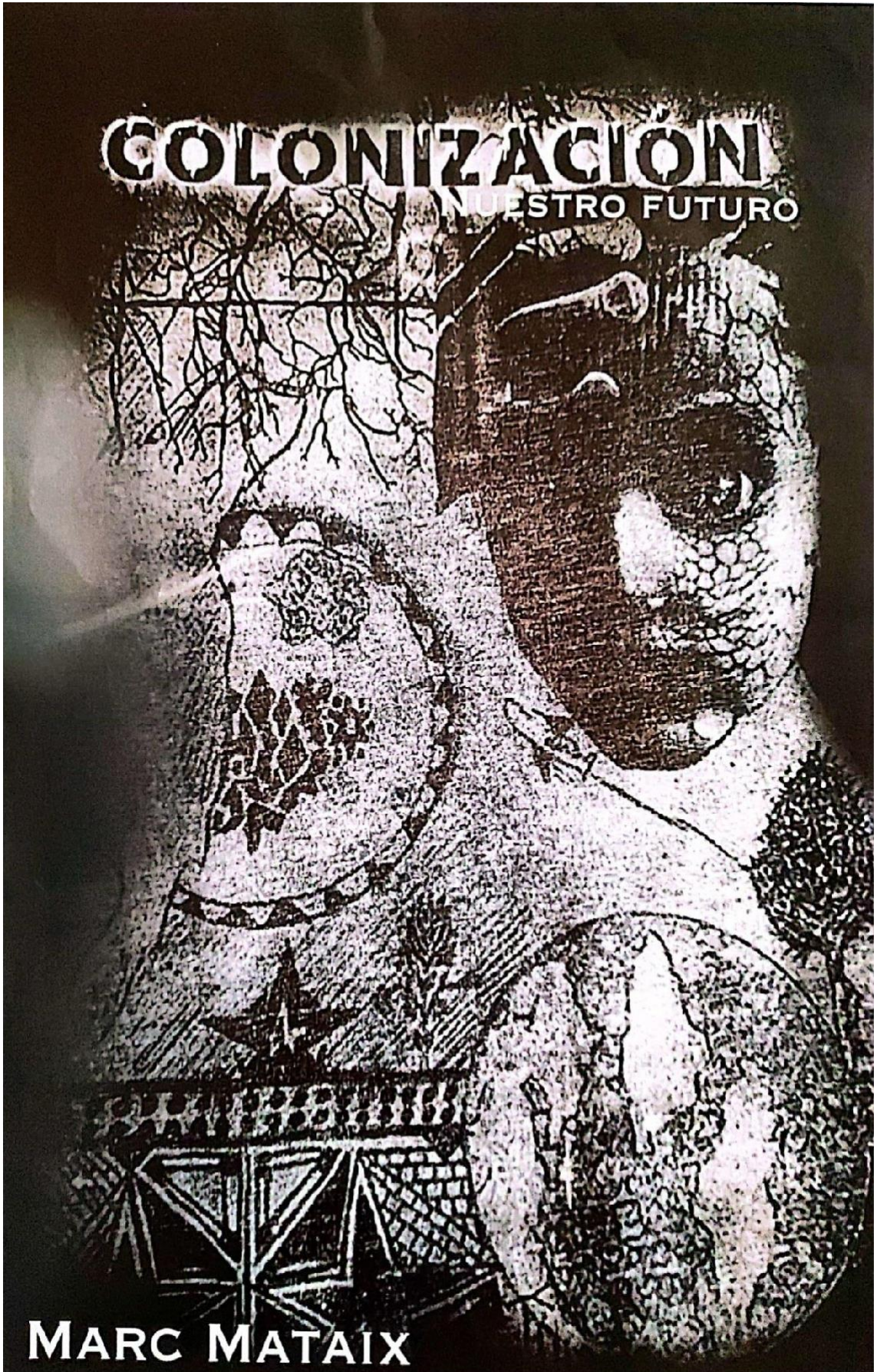


# COLONIZACION

NUESTRO FUTURO

MARC MATAIX



## M A R C M A T A I X S E M P E R E

¿Crees que se puede salir de toda complicada vida?

Esta es una intrigante historia creada para demostrar que las aventuras de la vida pueden terminar muy mal o extremadamente bien, según la suerte que uno tenga. Es una historia cuyo casi todo su contenido trata de la aventura que yo he vivido. Tiene ciertas similitudes.

Y te darás cuenta de que hay aspectos muy importantes, como que puedes llegar a sufrir mucho en la vida si una madre llega a emplear un odioso desamor contigo/a, su hijo/a. En este caso yo. O si eres el hijo bastardo nunca considerado.

Si has elegido este libro entenderás que todo puede pasar en este mundo, y que una madre debería intentar ser la protectora de sus hijos con confianza durante todo el resto de sus días. Si no lo hace el mundo estaría tan en contra de si hijo/a bastardo que este/a tendría que conseguir lo imposible para salvar su existencia.



Marc Mataix Sempere (Benidorm, 1980)

# C O L O N I Z A C I Ó N

## NUESTRO FUTURO

Nuestro futuro está en peligro. Pero todos nuestros problemas tienen una solución si de verdad alguien se propusiera sanarlos.

Como hemos visto en las noticias el planeta se está muriendo, podía pasar, y vemos que nada ni nadie puede frenar la destrucción. Pero qué pasaría si alguien amara tanto este planeta como para que la madre naturaleza le diera únicamente a él el poder de evitarlo. Que contando o viviendo su vida lograra evitar malos mayores. Sería mágico. En este libro descubriréis a un hombre que la madre naturaleza le dio ese don. Marc, un amante de nuestro planeta cuya historia refleja la hazaña de un joven ante los peligros que tiene el ser humano para coexistir con el universo. Dicho de otra manera, la unión con nuestros chacras cósmicos y espirituales. El planeta que nos da la vida. Y la posibilidad de coexistir con otras civilizaciones.

Yo me llamo Marc y os contaré mi verídica historia que cambió el mundo.

El mayor miedo al cual enfrentarme siempre ha sido contar mi pasado y que se cree indiferencia. Bastante tengo con explicar lo nunca imaginado por muchos.

La difícil tarea ahora se hace patente, en el recuerdo queda la magia de haber conseguido, por honor, el equilibrio entre la ignorancia y el entendimiento. Estoy hablando de mi querida hermana mayor. La cual sufría bipolaridad. Ella escuchó mi realidad veinte años atrás y por casualidades de la vida se fue olvidando de mí. Creo

que fue debido a sus largas horas frente al televisor, más la propina de aquellos que la animaron a ser una teleadicta. Por culpa de esos caprichos, procedentes de un aburrimiento severo, nadie se hace partícipe de la gente de la que le rodea. Es penoso. Una pena que no se pudiese poner orden en su cabeza con tantos mensajes subliminales.

Mi vida, a mis cincuenta y tres años, debe ser contada. Faraónicamente, desde que tenía uso de razón. Tranquilamente, sin prisas. Escrita y con mucho tiempo por delante. Desde las raíces de mi adolescencia, cuando era una persona joven y vivía para aprender. Cuando vivía en fase de expandir conocimientos en el mundo que nos rodea o cuando se asimilan mejor las cosas. Ganas tengo de narrar como un padre se hizo un fiel amigo. Él me enseñó a apreciar el firmamento en las cálidas noches de verano, mimetizando el cosmos, cuando apenas tenía diez años y mis jóvenes ojos lo veían todo. Pude tener el privilegio de compartir, de saborear las estrellas y de canalizar en sueños toda aquella energía universal. Dormíamos envueltos en gruesas mantas en un rincón de la terraza delantera de la casa de nuestros ancestros, familiares lejanos. Fue bonito tanto que repetimos una y otra vez. Esporádicamente.

Entonces la sinopsis astral en mi mente se retroalimentó. Me acordaría para siempre de todo lo aprendido observando nuestro universo divergente, de todas las estrellas, planetas y meteoros. Lo cuento ya que es poco usual que un pequeño ser se levantara de la cama, a la intemperie, habiéndose estudiado el cosmos, de cómo abrí los ojos, como asimilaba la materia oscura, de cómo las estrellas fugaces me otorgaban el derecho de

poder mirarlas y de gozar favorablemente de los satélites circundantes.

Un día cualquiera de verano mi padre me propuso hacer una ruta por la montaña, ambos teníamos la ilusión de recoger estrellas fugaces. Viajamos a una montaña lejana del pueblo y empezamos a husmear. No nos podíamos olvidar del vínculo con estas. Sentimos la llamada como un lagarto piensa que debería cambiar de color, buscando en lugares inhóspitos hasta encontrar decenas de estos. Lo gracioso fue que era la estela de un cometa y algún de estos aerolitos parecían cagarrutas de vaca. Se impregnaban en las diaclasas. A mí se me expandió el saber, mezclado con toques de ilusión. A mis diez años, y supe diferenciar o interpretar un aerolito por color, energía y tacto tales energías cósmicas.

En mi infancia el concepto de hablar con alevosía con los amigos, conocidos, paisanos o gentes de otros pueblos, me costaba demasiado. Directamente cara a cara era como impracticable para mí, me había obsesionado con el cosmos directa o indirectamente. Factores que en mi vida hacían meya y con las cuales tendría que convivir, Pues las órdenes venían de arriba. Porque un padre influye al hijo de manera sicosomática, le enseña cosas que él debe aprender. Es la ley que pone un Dios, en este caso mi amigo protector. Ese ser directamente conectado a mis sentidos que me coordina el pensamiento solo con sus ideas o actos para que hoy en día tenga recuerdos buenos de él, mi antes entusiasmado padre. De nombre Jones.

Tenía razones obvias para cavilar.

Jamás olvidé sus enseñanzas, una vez me comentó que de sus cinco hijos yo era el más inteligente,

tanto me complació que fui a su estudio donde él pintaba y le dibujé el cosmos. Empecé por la Estrella polar.

Compartimos el vínculo del firmamento. Yo tuve el detalle de hacerle saber lo mucho que aprendí de trasnochar viendo el espacio exterior. La energía cósmica que nos rodea. Lástima que no conociera a astrónomos, en mi pueblo, Tàrbena, que Internet todavía no se había inventado y que no conocía a nadie que tuviera el detalle de decirme algo de decencia sobre el tema que a mí ya me emocionaba. La ufología.

Raras veces soñaba que viajaba a bordo de una nave nodriza. Entre mis veraces sueños, realidades de pensamientos, se intercalabas cosas más reales de lo que me podía imaginar. Bueno era estudiar lo que el ojo humano orienta hacia la imaginación. Pero cada vez que me ponía a soñar eran cosas entre el pasado o el futuro, pero el instinto en mi caso tendría mucho que pernotar en el Instituto ya que era solo un aprendiz de talentos. Lo que quiero explicar es que mi padre fue mi profesor de diseño y que, por entonces la maestría y su talante, en sus clases, jamás podré dejar en el olvido. Y ahora sueño con él. Fue como si me estuviera adentrando cada vez más en el mar con un guía y luego pescar con soltura y facilidad. Pero recordando que si pusiera los pies de nuevo en la orilla allí estaba él para seguir aconsejando.

Unos años después mi padre seguía con su vocación de artista. Realizaba cuadros de todo tipo, al óleo, geométricos, abstractos y figurativos... se parecía a una abeja obrera. Yo solo los veía terminados y los que más me ensañaban eran los simétricos, en especial los de geometría triangular con colores de todas clases

armonizados sobre el tablero. De nuevo volví a aprender de él.

Ahora solo era cuestión de tiempo de que yo tuviera la misma motivación, sin embargo, yo no sabía tanto como para conseguir esos trazos y perfección. Era un novato. Ni siquiera sabía combinar los colores.

Cierto día, cuando me hice mayor de edad, decidí seguir la estela de todo conocimiento dejada por mi padre Jones. Y como no supe pintar nunca empecé a realizar obras de arte, como cuadros tipo collage. Apegando materiales de la naturaleza. Piel de tronco de almendros secos, capullos de amapola, cristalina de cuarzo, flores de peto, lágrimas de San Lorenzo, flores de junco, hojas de algarrobo y algunas plantas secas con semillas que nunca supe su nombre científico o popular.

Me pasaba horas y horas troceando las piedras de cuarzo. Mi mayor ilusión era sacar la cristalina, era muy laborioso, pero nunca perdía la paciencia. Desde el principio de los tiempos el cuarzo era símbolo del poder y mis pupilas se acostumbraban a explotar al máximo ese recurso. Dejándome una sinopsis de energía en mi mente, dejaría todo lo que soy y lo que tengo por volver a esas andadas porque yo antes usaba gafas y ahora no. Gracias al poder curativo del cuarzo. Recomiendo esa terapia e incluso diría que pudiera llegar a ser la biomedicina del futuro.

En cuestión de cuatro largos años, dijo largos porque realicé dieciséis obras, el esfuerzo de subir y bajar montañas para buscar materiales me abrió las puertas a poder cantar. Cantar por los caminos. Fue una manera de desaojarme después de tanto esfuerzo realizando cuadros.

Las letras me las inventaban sobre la marcha, eran acordes nunca inventados, y disponía de la influencia de que cantaba libremente y sin tapujos. Recuerdo haberme inventado ochenta canciones, cada cual la más original, y cuando las voceaba hasta darles un final disfrutaba como disfrutaban los artistas del cante. Al final de cada canción me daba cuenta de que si las hubiera gravado hubiera sido cantante. No fue así.

Estuve en contacto directo con la naturaleza todos esos años y al hacer un día el recorrido por zonas cercanas a las diaclasas de los aerolitos puse en funcionamiento mi instinto. Observé en piedra minúscula, del tamaño de un ajo, y vi que su color negruzco la identificaba como estrella fugaz. La recogí y me la llevé a casa para estudiarla. Esa misma noche la examiné mirándola bajo la luz de un flecho...y me dormí.

Bastantes esfuerzos de precisión de ojo, de involucrarme con las energías de un entorno natural, de preparar materiales, de pegarlos y organizarlos, de aflorar mi imaginación cantando y fortalecer mi mandíbula, de que mi sique luchaba contra el cruel aburrimiento sin cesar y con un aerolito en la mesita. Todo ese veraz esfuerzo me hizo descansar con calidad de sueño sublime, como un bebé duerme después haber conseguido nacer. Dormí cerca del meteoro, del tirón, al día siguiente había descansado con tanta influencia cósmica que nada más levantarme lo examiné de nuevo. A las ocho de la mañana. Parecía decirme algo. Tanto va el cántaro a la fuente que al final se llena solo.

Nada más levantarme lo vi de nuevo, lo ojeé y me puse a pensar igual que cuando recogí por primera vez una

estrella fugaz. Manteniéndolo en la mano noté que no era un aerolito cualquiera, sino que su color estaba desgastado por el clima. Eso me llamó la atención, por fin lo pude encontrar... creí que era comestible. Me puse el cacho de aerolito en la boca.

Lo tenía presente en la mente antes de gozarlo. Solo quería chuparlo para notar la energía que albergaba, pero me atreví a mascararlo y... premio, el fruto del universo por fin pudo ser comido. Lo pude masticar, hasta hacerlo pedazos. En minúsculos átomos. Y el cosmos invadió mis sentidos. Lo hizo lentamente. Primero intercaló en el estómago, más tarde en los intestinos, luego en la sangre, cabeza y órganos y finalmente en mi esperma. Ahora era prudencial que mi mente canalizara tanta información procedente de alguna parte de nuestro espacio sideral. Pues la gente podría pensar que a ese muchacho no le sentaba bien tomar café, si de verdad algún día el aerolito me iba a cambiar la existencia.

Pasadas tres semanas me fui a pasear por la montaña y con la intención de divisar la costa. Resultaba apetecible poder contemplar el paisaje de mar y montaña desde lo alto de un turón, allí donde uno se recrea y piensa aún más en uno mismo. Para fumarme un grato y apetecible cigarrillo. Solo pensé en ello. Por el camino de subida al paraje vi que me seguía alguien, pero no le di importancia.

La energía cósmica en mi mente la estaba canalizando adecuadamente ya que desde la ingesta hasta cuando subí de nuevo a ver el paisaje seguía realizando cuadros, escribía y cantaba, y sobre todo que caminaba mucho. Valió toda la pena.

Vi a dos personas, pero no pude reconocerlas. Una vez sentado en una roca me paré a pensar si algún día me volvería majara, loco por tener el cuerpo con tanta energía. Me preguntaba qué sería de mí si tuviera problemas de cabeza, de huesos o algo orgánico. Pero a mis cincuenta y tres os digo yo que no. Para nada. Al momento de terminarme el cigarrillo me giré al escuchar unas voces, venían de un bancal de ciruelos, y vi que las dos personas eran una pareja de novios. Me puse a espiarlos con destreza, no quería que me vieran. Al momento se encariñaron poco a poco y me excité al verlos practicando sexo. Al estar en una edad hormonal no se me ocurrió otra cosa que practicar la masturbación y como no... la energía de mi esperma mineralizado por el aerolito en sangre salió a la intemperie. Y no era como uno se piensa, que cuando uno se masturba el flujo seminal muere.

Hacer volar el esperma hacia al cielo es como hacer que se libere la energía corporal sin apenas garantías. Que se expanda hacia el cielo y desaparezca. Pero al espermatozoide lucha con todas sus fuerzas para sobrevivir, es como si nos tiramos una pedorreta. La gente huye aterrada.

Empecemos de un principio, para poder aclararnos. Me masturbé en la montaña a las seis de la tarde, pues bien, a las once de la noche subí a la terraza de mi casa a fumarme un cigarrillo y podía divisar tal montaña. Pensé que allí debería tener un poco de intimidad, o que mi espacio vital deliberara para encontrarse uno a sí mismo sin pensar en nada. No sucedió así, de esa manera tan espiritual, lo que estaba a punto de presenciar me cambiaría la vida. Y yo no estaba preparado.

En esa zona donde me masturbé, a cien metros, se ubicaba una pequeña antena que más adelante pude comprobar que tenía en su base muchos cables eléctricos...y todos sabemos que el hierro es un conductor de energía y que el hilo eléctrico también. Tenía que ver con lo que vi y me sorprendió, en aquella noche del 29 de Julio, y que jamás olvidaré por ser algo tan sublime e interesante. En el palo de hierro se incendió una luz muy potente y luego se separó de este prolongándose hacia el horizonte. Como si algún fenómeno extraño hubiera intercalado en este. Al momento de cruzar el cielo en dirección este volvió a aparecer a la misma altura por el oeste y...premio...se quedó parado en el cielo como un planeta más.

Me refugié en la cama pensando en lo ocurrido y una vez recapacitado supe que ese fenómeno vino de la energía física y cósmica de mi esperma, entonces mineralizado. No podía ser de otra cosa. Por lo visto. La energía cósmica se había abierto camino. Si pudiera explicarlo científicamente sería ufólogo, pero no. Solo era un muchacho que se atrevió a involucrarse con las energías del entorno natural, el cuarzo, y que se atrevió a ingerir una estrella fugaz, un aerolito comestible. Que no es moco de pavo. Mis expectativas cambiaron para bien, pero supe que realizar un planeta no solo había dependido de mí. Pensé en la influencia de mi padre, en el poder del cuarzo, aquellos que construyeron el camino hacia el paraje y los inventores de las antenas y los cables.

Mi único esfuerzo fue interactuar armónicamente con el poder del cuarzo en mi mente, verbalizaba canciones hasta conseguir estimular la mandíbula y explorar los caminos. Explorarlos hasta, por instinto, elegir

el meteoro y masticarlo. Encontrar el sitio idóneo para desahogarme y, cómo no, satisfacer mis necesidades orgánicas.

Fiel a mis instintos creé vida en el universo. Entonces mi mente se percató de que era hora de tomarme un descanso. Sin dejar atrás lo conseguido. Antes era antes y ahora era ahora, pensé ferozmente.

Esa fuerza de la madre naturaleza durmiendo junto a mí, en mi propia cama me hizo soñar día y noche. Mi calidad de pensamiento, refugiado en ese inmediato pasado, plasmaba una serie de lujurias sexuales en el mundo porque estuve unos años repitiendo: "las masturbaciones son poderosas. Mis pequeños espermatozoides viven. Me he reproducido sin el cuerpo de la mujer. La vida se abre camino. Soy un pequeño Dios. Con mi esperma comprenderemos lo que es el cosmos, etc.". Eran solo frases, pero lo decía como si todo el mundo me pudiera comprender, poniendo énfasis y dudas a mis personas más allegadas. No era muy idóneo repetirme, pero sí que entablaba un idioma poco usual. Porque de momento todavía no había superado la experiencia de crear vida a tan gran escala. Y tenía ciertas dudas a la hora de explicarlo correctamente.

Más adelante lo que si supe entender es que era un planeta habitable y con unas cuantas divinidades. Es decir, vida. Gracias a la N.A.S.A.

Supe buscar en un portal de You Tobe un reportaje que mostraba el nacimiento de mi planeta. Llamado Gliese 581-g. Eran imágenes captadas por satélite y no dejaban en duda su nacimiento a quien lo viera.

Solo me quedaba una tarea complicada que realizar, contar por carta toda la verdadera historia a la N.A.S.A. No quería que ellos pensases cosas raras, que estuvieran creando dilemas falsos sobre lo acontecido. Ya que creer que los planetas se originan solo por la teoría del Big Bang sería su única hipótesis ante la confusión creada. Escribí dos folios que no dejaban a nadie indiferentes. No carecían de verdades, eran explicaciones razonables y explícitamente explicadas con el fin de no crear discrepancias a quien las leyera. Se me ocurrió poner énfasis cada vez que contaba la influencia de mi padre, el cuarzo, el aerolito comestible o los cables eléctricos. También razoné que los metales fueron los hilos conductores de la energía que yo albergaba. Y gracias a estos se originó el milagro.

Cuando un agente de la agencia espacial leyese por primera vez en su vida mi carta seguro que se pudiese pensar que se tratase de una broma pesada, de que esa dichosa persona sufría paranoia o alucinaciones, de que tenía la intención de burlarse de toda la entidad o que no respetara a esta. Pero no fue así. Ellos conocieron a un gran creador. Lo comento porque esa fue la verdadera historia. Pero también porque a partir de ese mismo día empezó una inesperada aventura. Con la entidad más perfecta e increíble que hubiese podido crear el ser humano, la N.A.S.A.

La madre naturaleza fue mi casa y ahora pude demostrarlo. Donde mis originales canciones hicieron mimetizarme con las energías del entorno, y... ahora la N.A.S.A. Al cabo de unos meses surgió la carta más completa, digámosle científica, que se pudiera escribir. Pero faltaba todavía algo, que alguien computara en su

ordenador vía satélite aquellas canciones. Para enviarlas a algún artista musical. Pues todas ellas valían la pena ser escuchadas.

La cosa fue así. Medio año después salió un nuevo concurso en la tele donde los concursantes habían pasado un casting para ver si tenían talento musical. Operación Triunfo. Cada semana hacían una gala. El ganador se llevaba un premio de trescientos mil euros. Pero los finalistas y este eran tan populares y tenían tan buena voz que tenían sus fans antes de sacar algún disco. Pues bien, mis canciones fueron sus canciones. El programa duró diez años y mis ochenta canciones fueron versionadas con destreza por unos seis cantantes diferentes. Todas esas letras que yo canté en su día salieron a la luz.

Pasé diez gratos años escuchando cantar mi música, pero la que no me podría creer nunca era que fuesen tan populares. Nacional e internacionalmente. Que hubieran ganado decenas de millones de euros, que algunas de ellas fueran números uno o que fueran a Eurovisión. Cierto. Resultó ser un negocio para muchos y puedo decir que estoy muy agradecido por todos los que hicieron posible esto. Mi autoestima fue creciendo de menos a más cada vez que escuchaba mis composiciones.

Un día, después de que pasaran seis años de lo de la carta a la N.A.S.A, cogí trescientos euros de mis ahorros para visitar Barcelona. Me fui solo para tener un viaje de placer. Mejor así. Estuve alojado en un hotel caro, cien euros la noche, y pronto se me terminó el dinero. Visité la catedral, el paseo de Las Ramblas y el campo de futbol del Camp Nou. Me sorprendió y contentó haber pasado de

ver en mi pueblo las calles vacías de transeúntes a ver a centenares de personas arriba y abajo. Fue muy agradable. Cuando se me terminó el dinero fui listo, llame a una ambulancia para que me ingresaran en el hospital. Les dije una mentira, que tenía enfermedad mental, y ellos me dieron todo la que yo quería. Estaba servido.

Una vez allí disfruté de la comida, la compañía y del taller de manualidades. El psiquiatra me comentó que me llevarían de vuelta a casa dentro de quince días. Pero era suficiente tiempo para conocer a una joven, flaca como un palillo, que se enamoró de mí con solo hablar un par de veces. No me hacía sentir mal, pues tenía una voz muy agradable y entendía de hombres. Cuando parecía que ella y yo seríamos amigos con derecho a roce ocurrió algo inhóspito. Paranormal y fuera de lugar. Se me ocurrió permanecer un rato en la habitación, levanté la persiana para ver Barcelona de noche y vi una nave espacial flotando a la misma altura de mi cabeza.

La nave espacial no la veía en forma de platillo, ni de modelos triangulares o derivados, simplemente era una luz potente. Recuerdo haberme quedado parado contemplándola, pensando que venían de mi planeta. Era como estar siendo un personaje de ficción al final de una película. La nave se tambaleó hacia la izquierda y luego retomó la misma posición. Sabía que estaba tripulada pero no sabía quién la llevó hasta mí. Al momento, pasados veinte segundos, esta se puso a realizarme luces concéntricas hacia mí. Con intensidad. Después de deslumbrarme se marchó a tal velocidad que atravesó la estratosfera en menos de una décima de segundo.

Me tumbé en la cama, quería cerrar los ojos y recapacitar.

Pero no fue un agradable descanso. Empecé a notar mucho calor en los poros de mi piel y notaba que me costaba respirar con normalidad. Se hizo el problema asiduo. Tuve que hacer algo rápido si quería sobrevivir, me estaba muriendo y creo que fue debido a que la nave hizo el experimento de duplicarme. Se me había desintegrado cada célula del cuerpo, huesos incluidos, sangre y órganos... era como un mal estar quince veces más fuerte que un coronavirus agresivo y ni siquiera tenía fuerzas para hablar, andar ni encender una luz. Así que me desnudé y me fui como a urgencias a la ducha, a la ducha de agua fría, así ocho veces seguidas. Creí que esa era la solución.

La chica con quien entablaba conversaciones me vio pálido, como si me tendría que caer al suelo, y se fue a un rincón de la sala de fumadores donde empezó a chillar desolada mi nombre. Sé que chilló porque me veía sufrir. Dijo:

- ¡Marc, Marc no. ¡Quiero casarme contigo! - Eso me dio ganas de superar el mal triángulo y salir adelante. Desde luego. Creí que si me muriera jamás pudiese compartir más momentos con ella.

Fue un duro golpe.

En aquel mismo momento no tenía fuerzas motoras. Es como tener más de noventa años, pero a mis veintiséis. No estaba hecho de piedra. Pues podía sentir en carne propia como una máquina chupó todas mis energías vitales para llevarse al otro Marc a donde quisieran. Hablo de extraterrestres. Ante tanto caos solo podría salvarme el

traslado a mi casa, cuanto antes mejor. Se me ocurrió preguntárselo al psiquiatra. Me comentó que mañana por la noche vendrían a por mí, tuve suerte. Pero seguía encontrándome fatal.

Al día siguiente el calor corporal y la falta de respiración continuaron haciéndome secuelas, sufrí de nuevo, pero no era tan intenso. Notaba inquietud, mis defensas estaban bajas y notaba mucho malestar. Me pasé el día dando brincos en mi habitación, arriba y abajo, y lavándome la cara con agua fría cada dos minutos.

Con tanto dolor no hablé con nadie. Bastante tenía con la que me estaba cayendo. Decidí dejarme el tabaco esa misma tarde, por salud, y por pura necesidad. Me puse a esperar el traslado como agua de mayo, sufriendo cada segundo que pasaba, y pidiendo ayuda varias veces. Pero los enfermeros en aquellas circunstancias no podían darme una solución, solo me dieron el Paracetamol como pastilla milagrosa. Y no me ayudó en nada. Mi malestar era peor que un parto. Estaba fastidiado. Todavía no podía valerme por mí mismo así que esperé la ambulancia acostada en el suelo y pensé: los habitantes de mi planeta ya han evolucionado y han venido a visitarme.

Por suerte me dormí ante tanto sufrimiento, no fue un descanso, sino que con los ojos cerrados me vinieron imágenes de lo que le pasaba a mí ser duplicado dentro de la nave nodriza. Recuerdo que me hablaban como le habla un padre a un hijo. También que me tranquilizaban y me comentaban a donde me iban a llevar o que si quisiera una mujer. A la cual deberían abducir para que me hiciera compañía. Que me darían dinero para abastecer mis

necesidades. Pero a cambio debería de contarles cómo se hacían los planetas.

Eran unos seres superiores muy altos, rubios y de gran belleza. Con una inteligencia sublime. Creí que eran Pleyarianos, pero no recuerdo nada más, todo lo que capté por telequinesis pegó un parón en mi cabeza. Había tenido unos flashes de visiones en mi cerebro y luego no me atreví a contárselo a nadie. Se quedó en el anonimato. Eso es todo.

El enfermero entró a la habitación a despertarme. Me dio unas palmaditas a la espalda. Recapacité. Me comentó que ya había llegado la ambulancia que me llevaría a casa. Vio que estaba mareado y me preguntó si quería un zumo. Que qué me ocurría. Y yo le dije que era un poco estrambótico todo lo que mi mente pensaba en ese mismo momento. Me dieron mi ropa y pregunté si podía llamar a mi hermana por teléfono. Ella estaría lo bastante preocupada como para avisar a la policía o para no poder dormir por mi culpa, ya que viajé a Barcelona sin dar ningún aviso.

No pude, eran las diez y media de la noche y por normativa del hospital solo se podía llamar de cinco a ocho de la tarde.

En la ambulancia había dos personas, un hombre y una mujer, por lo visto eran del hospital más cercano a mi casa. La mujer era la que me acompañaba en la parte trasera. Entonces pude hablar con ella de todo lo que viví en las dos semanas que estuve en el hospital. No podía pasar página de lo acontecido con la nave de los Pleyarianos, así que me puse nervioso e inquieto de nuevo con ella ya que mis gestos al hablar demostraban ser una

persona con problemas psíquicos. Pero ella no me esquivó, se preocupó por mí como si fuéramos conocidos de hace tiempo.

-He visto una nave flotando en el cielo. Me han abducido. - Mis palabras eran demasiado confusas para ella. Su nombre era Merche y por momentos pensé que cambiaría de conversación rápidamente. No lo hizo.

-Tranquilo Marc, no estamos solos en el universo.

Aquellas palabras me tranquilizaron de tal manera que le comenté que quería hablarle de mis vivencias. Quería contarle todo acerca del nacimiento del planeta, despacito, ya que nos esperaban cinco horas de trayecto hacia casa. Ella afirmó con la cabeza, estaba preparada para escucharme. Demostró ser una persona atenta e interesada y con un gran corazón.

-Bueno Marc, explícame tu vida. A mí eso de la nave espacial me interesa y te creo y veo que tienes ya mucho vivido. Te escucho. - Creció mi motivación. Me dejó en un estado óptimo para que le fuese contando todo, como un cuentacuentos, aunque en este caso todo era real.

Merche y yo hablamos tendidamente. Parecíamos amigos desde hace tiempo. Cuando le conté que había creado vida en el universo evité decirle que la nave venía de mi planeta, eso era cuestión de investigarlo, porque todavía no sabía con certeza su origen ni su procedencia. Me comentó que ella cuando era pequeña vio una plataforma cilíndrica flotando en el cielo, y que se quedó marcada para siempre. Cuando me lo comentó cerré los

ojos y me quedé frito. Ya que me administraron un somnífero muy potente como protocolo. Había que descansar, dejar que mi mente se recree de esas impactantes vivencias, por bien propio.

Cuando abrí los ojos Merche me dio un zumo de piña. Y me comentó:

-Estamos a punto de llegar al hospital, allí te atenderá un buen psiquiatra. Hazme caso no le cuentes nada de lo que hemos hablado, sino te pondrá una fuerte medicación de por vida.

No realicé ningún comentario al respecto. Estaba demasiado sedado. En ese paso entre la ambulancia y la habitación del psiquiátrico no pude expresar lo que yo quise con ningún enfermero, nadie. Y Merche se evaporó de mi lado como una nube en el cielo. Necesitaba que alguien experimentado me hiciera un psicoanálisis. O algún seguimiento psicológico. Pues orgulloso de mí quería desfogarme con alguien. Tener una conversación adulta y deliberar, desinhibirme con solo usar unas sinceras palabras. Aclarar mis pensamientos. Flexiblemente ser escuchado. Urgentemente.

Me llevaron a psiquiatría. Todo parecía pasar muy lento. Eran las cuatro y veinte de la noche. Con palabras flojas en intensidad y susurros de poca voz me dijeron que me pusiera un pijama azul. Después que me acostara en la cama. Yo no podía sostenerme en pie así que mis palabras fueron como las de un robot. Vale, sí, no, me llamo Marc, buenas noches... era demasiado tarde y tenía que dormir.

Esa noche soñé que me había perdido en la montaña y del cielo bajó una luz muy potente y se posó

encima de la cabeza, esa luz dejó caer un ordenador y yo lo usé para navegar. Una vez puesto en él pude ver mi infancia junto a mis padres.

Al día siguiente me desperté del sueño. Mis piernas y brazos estaban atados con correas al lateral de la cama y por lo tanto no me podía mover. En ese momento no me encontraba mal, como me encontré en Barcelona, sino mi cuerpo no lo hubiera podido soportar. Estaba algo inquieto, de manera que llamé a la enfermera para conseguir que me desataran, pero nadie vino a socorrerme. Giré la cabeza varias veces para coger una postura cómoda con la almohada y sentirme algo más cómodo. Ante tanta incertidumbre se me ocurrió chillar al viento el nombre de Merche:

- ¡Merche, desátame, Merche!

Tenía una tremenda rabia. No aguantaba más permanecer atado, ni que el hospital fuera tan cutre, ni que Merche ya no la vi más cerca de mí. Poco a poco estaba perdiendo la calma. De momento. El subconsciente me alertaba de estar en peligro y desde que vi las correas atadas a mí mi estado emocional me perturbaba. Todo me pasaba factura. Me puse muy nervioso, tanto que hice todo lo posible para que alguien entrara a la habitación, chillé para que dé una vez por todas me desataran.

- ¡Por favor, enfermera, me siento muy mal, por favor! -Me lo inventé para llamar la atención.

Al cabo de unos minutos entraron dos auxiliares de clínica. Y consiguieron calmar mi ansiedad y mis nervios, me soltaron las correas, ya era hora. Era lo que yo deseaba. No me dijeron ni los buenos días, no nombraron

mi nombre ni por asomo. Pero me soltaron. Lo que yo quise en ese momento era saber cuándo podría ver al psiquiatra. Pregunté:

- ¿Dónde y cuándo veré mi psiquiatra?

-Es fin de semana, hasta el lunes no te podrá atender tu psiquiatra. Ahora vete al comedor que allí hay gente que seguro que les placera conocerte. - No era lo que yo quise en primer momento, no tenía muchas ganas de ver a nadie.

Crucé un pasillo azul, con las paredes tapizadas de cartulinas blancas y rojas, donde los pacientes inscribían sus nombres y realizaban dibujos de toda clase. Pájaros amarillos, serpientes verdes, coches y ambulancias, edificios escabrosos o árboles donde cada cual había pintado sus hojas a su manera. Me pareció la entrada a un museo para niños. Un parvulario. Una vez en el comedor pude ver a tres hombres y una mujer, todos callados, y se me presentó la mujer:

-Me llamo Briany, tú debes ser el nuevo. ¿Qué te ha traído hasta aquí? - Su mirada me retraía el pensamiento, pero le supe contestar adecuadamente.

-Bueno, como decirte, me escapé de casa sin decir nada. Me fui a Barcelona y lo pasé muy mal. - Me dio un poco de calma poder expresar lo que me hacía estragos en la mente. Porque reviví de un hospital de muerte a uno más tranquilo y eso no se podía pagar con dinero. Al ver sus ojos negros no pude evitar medio enamorarme de Briany. Lo que parecía ser un ángel bajado del cielo. Medité: haría cualquier cosa por ser de nuevo feliz con

alguien que me atendiera asertivamente. Esa persona fue ella. Sin duda.

Era domingo a mediodía cuando me percaté de que tenía secuelas psíquicas. Lo digo porque una enfermera y yo hablamos un poco antes de comer y esta me comentó que tenía la mente marcada por cosas del pasado. Probablemente tuviera razón, quizá no. Briany era la única persona afable conmigo, más que el equipo de profesionales, ella supo mi historia personal y le pareció cosa del destino. Supo ponerse en mi piel, con lo cual hablar con ella de extraterrestres no era un delito.

-Marc, en el infinito universo seguro que a alguien le pasase lo mismo que a ti. ¿No crees? – Sus palabras eran muy abrumadoras.

Con el propósito de quedarme más tranquilo le di un abrazo. Después me puse a llorar como un niño debido a la emoción del momento. Mis actos del pasado fueron recordados al momento. Ella me hizo sentirme arropado, fuertemente. La verdad. De pasar a tener a Merche como psicóloga a tener a Briany cerca de mí, el tiempo que fuese, lo podía sentir como alguien siente que le están curando una herida, como algo necesario. Mientras nos abrazamos le dije a Briany con el alma rota y llorando. Susurrándole al oído:

-Me gustaría hablar contigo más a menudo, eres muy especial para mí.

Para ella y para mi nuestra estancia en aquel escambroso hospital era como ponerse ropa ridícula y ver que todo el mundo te mira por detrás. Pero nos compenetramos, sobre todo aquel domingo por la tarde.

Nos metimos en la habitación a hablar tendidamente, más de tres horas, y no me supo mal ni a ella tampoco que surgiera la historia de mi querido padre. Jones. Ni que le comentara que por mi sangre había recorrido energía cósmica, he incluso le pude realizar preguntas incómodas como:

- ¿Lo puedes entender, que el esperma sobreviviese a la intemperie? Mi ADN y mi código genético cambiaron por culpa de una estrella fugaz. ¿Alguna vez volveré a la normalidad? ¿Piensas que perderé el juicio si se lo cuento todo al psiquiatra?

Le demostré a Briany que tenía muchas cosas que contar al psiquiatra, pero ella simplemente permanecía al margen. De momento era imposible que contestase a todas aquellas incómodas preguntas. Se las formulaba demasiado deprisa, sin que le diera tiempo a pensar. Posiblemente fue debido a mi actitud de inmaduro o que no tenía en mente a la otra persona. No me podía imaginar lo que era saturar a una persona. Ella me leía los labios y me otorgaba la palabra. Cosa que me pareció correcto. Necesitaba sacarlo todo de dentro y ella era mi víctima.

Al día siguiente me desperté pensando ya con mi psiquiatra. Como eran las ocho de la mañana me pegué una reconfortante ducha, justo antes del almuerzo, y me asomé a la ventana a ver cómo era la vida fuera del hospital. Pero mis ojos no ojeaban solo a la gente, también observaban el cielo diurno en busca de naves espaciales. No se me borró de la mente lo ocurrido tiempo pasado en Barcelona. Cuando me llamaron para ir a almorzar vi a Briany por los pasillos, deambulando, y la cogí de la mano. Demostrándole mi amor. Le comenté: